

Nota de la autora

Los misioneros de California nunca, en ningún momento, intentaron colonizar el interior.
La misión y el tesoro son invenciones de la autora.

19 de mayo, año de Nuestro Señor de 1777

«No fuimos capaces de defendernos y, a pesar de su riqueza, la misión ha caído en manos de los indios. Rezamos y temblamos todos los días, cada noche nos acercamos un poco más a la misión San Antonio de Padua y a la costa de California. Temo que los indios conozcan nuestro paradero con cierta seguridad y que no podremos eludirlos durante mucho más tiempo. Por lo tanto, mojo la pluma en la tinta para dejar constancia para mis hermanos en Cristo, para contarles la historia del oro».

Del diario de fray Juan Esteban de Bautista.

Capítulo 1

California, 1846

*E*l hombre y el toro se observaban con detenimiento, inmóviles en la batalla.

—Toro, toro. —El viento llevó la voz del hombre a oídos de Katherine, una voz dulce como si llamara a una amada, una voz profunda, grave y persuasiva.

Contra los más de quinientos kilos de agresividad, Damián de la Sola iba armado con un capote rojo de terciopelo con un magnífico bordado y el dobladillo hecho trizas. La robustez de sus hombros tensaba las costuras de su camisa blanca manchada. Estaba allí parado, con una mano bronceada en la cadera, como si el toro fuera insignificante, como si no mereciera su consideración. Katherine se fijó en aquella mano oscura y capaz. Se fijó en la cadera, se sintió acalorada y el rubor tiñó sus mejillas.

Estaba muy bien formado... maravillosamente formado.

El hombre agitó el capote que sostenía con firmeza con la otra mano.

Katherine se sobresaltó. La ausencia de realidad la envolvía. El drama del coso la poseía. Permaneció tan silenciosa y apasionada como cualquiera de los que había sentados en las gradas. El sol de mediodía casi la cegaba. El viento agitado de California levantaba el polvo del ruedo y le hacía llegar el olor. Un olor que se mezclaba con el otro más

fuerte del toro astuto, vigilante, casi demasiado listo para el hombre que se enfrentaba a la muerte... que se mofaba de la muerte.

El capote restalló de nuevo. En un arrebato, el toro pasó de la inmovilidad al galope tendido. Se lanzó hacia Damián, quien apenas se movió para dejar pasar al animal. El toro le pasó por debajo del brazo con tan sólo unos centímetros de margen. Katherine sintió el roce de la muerte en la piel sensible de su brazo como si ella misma estuviera en el ruedo. Notó el retumbo de la tierra bajo sus pies.

Los combatientes se detuvieron y se evaluaron mutuamente reconociéndose de nuevo.

Katherine se desabrochó el botón superior del vestido. A pesar de la temperatura templada del mes de marzo, el sudor le caía por la espalda y perlaba su frente; se formaron remolinos de polvo pero aparte de eso no se percibía movimiento alguno. No entendía por qué tenía tanto calor.

No podía ser inquietud. Ella era Katherine Chamberlain Maxwell de Boston, y era una mujer sensata. Comprendía que cuando un hombre optaba por una actividad tan arriesgada como aquélla, las consecuencias eran responsabilidad suya. De manera que no podía ser la preocupación lo que la hacía agarrarse a la barandilla de madera con tanta fuerza que las astillas se le clavaban en la mano.

En las gradas, las señoras agitaban sus abanicos en un intento por refrescarse la cara y la excitación. El susurro de los abanicos se mezclaba con el chasquido del capote, pero Damián no hizo caso, ni tampoco Katherine. Ella tenía toda la atención centrada en la bestia y el guerrero.

Ya había visto a ese toro en otras ocasiones, muchas veces. Era un semental de primera. A Katherine, el castaño cálido e intenso de su pelaje le recordaba al cacao, al barro denso y agradable de primavera entre los dedos de los pies. El hocico parecía de terciopelo. Las pestañas delimitaban el bonito arco de su cara.

Había visto a Damián en otras ocasiones, muchas veces. La belleza de su constitución pura y clásica le recordaba a un dios griego. Su frente alta despejada por el viento que lo acariciaba. Tenía los ojos hundidos

por debajo de las cejas, lo cual le daba un aire de seriedad erudita. Poseía una nariz larga y noble. Los pómulos bien definidos revelaban sensibilidad; la mandíbula cuadrada indicaba determinación. El suyo era el rostro de la civilización, de la poesía, de la filosofía.

Pero era una ilusión. Todo era una ilusión.

El toro era un competidor, un luchador por instinto y un gladiador por casualidad.

El hombre era un conquistador, decidido a demostrar su superioridad en un conflicto primitivo.

La multitud suspiró y Katherine oyó una primera exclamación en tono suave. «¡Olé, torero, olé!». La voz parecía animar aquel deporte brutal, pero ella no pudo arrancar la vista del ruedo para fruncir el ceño con desaprobación. Miraba fijamente a Damián y vio que daba una patada en el suelo. Oyó el leve sonido de provocación, distinguió la nubecilla de polvo que levantó y cómo asustó a la bestia.

—¡Olé! ¡Muéstranos tus colores, hijo mío!

Eso sí que hizo que Katherine volviera la vista a un lado. El padre de Damián levantaba el puño en el aire, orgulloso como el demonio, orgulloso de su hijo.

—Estúpido —dijo Katherine, disgustada con don Lucian, con la corrida de toros, con toda aquella exhibición bárbara. Su comentario se lo llevó el viento.

Como si el grito de ánimo de don Lucian les diera rienda suelta, todo el mundo estalló en ovaciones. Las mujeres se pusieron de pie, los hombres se abalanzaron y un clamor brotó de todas las gargantas: «¡Olé, olé, torero!».

El toro reaccionó con arrogancia. Sus orejas apuntaban al cielo. Balanceaba la cabeza al ritmo de las aclamaciones mientras estudiaba a Damián y el capote hecho jirones. El animal contestó a la multitud moviéndose en círculo hasta que se detuvo de cara a su oponente. Fijó la mirada en el metal dorado que brillaba en torno al cuello de Damián. Bajó la cabeza.

Los cuernos afilados fueron contra Damián, hacia su estómago, su pecho, pero Damián no retrocedió. Agitó el capote para atraer a la

bestia. La esquivó por un pelo. El toro se dio media vuelta corriendo y se precipitó de nuevo hacia él.

Damián se quedó allí preparado, desdeñoso. Sus pases eran precisos. Permanecía en sintonía con los arranques de la bestia sin oír los gritos de la multitud, moviendo el capote con la danza arrebatadora y sensual del toro.

Era un juego horrible, elegante y libre. Katherine percibía la belleza, pero además, olía el peligro. Al ver la espalda erguida de Damián, su pequeña sonrisa confiada cuando volvió la cabeza, quiso saltar al ruedo y poner fin a aquel disparate.

El toro dio un salto, giró y fue directo a Damián y no a la distracción que éste hacía ondear. Damián se rió, arrojó el capote a un lado y esperó.

Katherine sintió el impulso de taparse la cara con las manos pero no podía moverse. Todo estaba en silencio; no se agitaban los abanicos. Damián extendió las manos al frente. Lentamente, si bien con velocidad borrosa, agarró los cuernos. El toro levantó la cabeza. Damián efectuó un salto carpado y dio una voltereta por encima del ancho lomo del toro. Cayó de pie detrás del atónito animal, alzó las manos y saludó con una inclinación.

Estalló un terrible jaleo que lo inundó todo. Las mujeres gritaban, los hombres bramaban. Cuatro vaqueros saltaron la valla y se dirigieron rápidamente hacia el toro. Confuso por la desaparición de su objetivo principal, la bestia cargó contra ellos con entusiasmo. Los vaqueros se movían con rapidez y trabajaron en equipo hasta que la bestia entró por la puerta y corrió por la rampa hacia el prado.

Una parte secundaria de la mente de Katherine dio un suspiro de alivio. No podía desprenderse del temor que atenazaba su cuerpo. Aún contenía el aliento, aún aferraba los dedos; estaba totalmente concentrada en Damián. Katherine miraba, alimentándose con avidez de la belleza que subyacía bajo su piel morena, del atisbo de barba negra en su mentón, del bigote que perfilaba su labio superior.

Entonces él volvió el rostro hacia ella.

Observó su atención, su admiración, su sorpresa.

Damián repitió el momento en el que había soltado la capa cuando el toro se precipitó hacia él y se rió, suavemente al principio, con satisfacción personal. Luego echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó.

Katherine quiso echar un vistazo en derredor, ver si los californios se daban cuenta. No pudo. No podía apartar la mirada de aquel hombre exultante.

El placer de Damián la hacía sentir incómoda, al igual que el resplandor del sol y el viento incesante. Él la estaba calibrando. Calibraba su grado de reacción, calibraba la vida que había vuelto a ella precipitadamente.

Ya casi había pasado un año desde que Katherine había tomado conciencia: de su cuerpo, de su entorno, de sí misma. El aturdimiento la había protegido de las vicisitudes que no podía afrontar. Pero la vida irrumpió entonces en su mente, y dolía. Le dolía tanto como la sangre al correr por los miembros congelados.

Alguien le dio una sacudida que la sacó del hechizo de Damián. Fulminó con la mirada al chico que había chocado con ella por detrás, pero él trepó por la valla para pasar al otro lado. La humanidad se movía y daba vítores por doquier. Los hombres saltaban las vallas, las mujeres se ponían de pie en los bancos. Los niños bailaban sin hacer caso del polvo que se levantaba a sus pies. Todo el mundo gritaba el nombre de Damián.

Katherine buscó a Damián con la mirada, pero él se hallaba rodeado de hombres que aplaudían y silbaban para dejar claro que aprobaban su magnífica hazaña. Luego lo alzaron en hombros, tambaleándose porque todas las manos querían llevarlo. Él se rió otra vez, pero fue una risa satisfecha y pública. Le dieron la vuelta al ruedo y Damián pasó por delante de donde estaba ella sin dirigirle ni una sola mirada.

Una sensación extraña se apoderó de Katherine, como si por un momento hubiera entrado en un mundo intemporal. Ahora que había regresado, se encontraba fuera de lugar.

Pero eso no era raro. Ella siempre estaba fuera de lugar.

El hormigueo que sentía en la mano exigió su atención. Seguía aferrada a la barra de madera tosca con todas sus fuerzas y le hizo falta un

momento de fuerza de voluntad para soltarse. Tenía la palma de la mano y las yemas de los dedos de un blanco reluciente. Fue estirando los dedos, uno a uno, y sintió los pinchazos de un millar de agujas bajo la piel. Sangraba alrededor de una astilla grande que tenía en la base del pulgar.

—¿Qué opinas de eso, doña Katherina?

Ella levantó la mirada de su mano y la dirigió al padre de Damián. No le dio tiempo a disimular, a recobrar la compostura y ser la pragmática seria y formal que sabía que era.

Se alegró de que su voz brotara con normalidad.

—No es muy habitual. ¿Es así como se desarrollan todas las corridas de toros?

Don Lucian de Sola sonrió.

—Nunca. Nunca he visto un torero torear con semejante coraje —le tomó la mano en la que sentía calambres y le dio un masaje al tiempo que miraba a la multitud que con vítores pasaban una bota de vino a Damián—. Claro que es mi hijo.

—Los invitados parecen estar de acuerdo en que toreó con valentía —Katherine sonrió al anciano caballero que la había guiado por aquella sociedad extranjera y le había enseñado sus costumbres.

—El toro es muy peligroso, mucho más de lo que imaginas.

—Pues resulta que pude imaginar bastante —repuso ella con exasperación.

—Fantasías de mujer —se rió y le dio unas palmaditas en la mano—. Tendría que haberlo sabido. Eres una mujer sensible.

—¿Ah, sí? —asombrada por el hecho de que la hubiera juzgado tan mal, no dejó ver que estaba molesta—. Querrá decir sensata.

—Claro. Por supuesto. Creí que estabas preocupada por lo que pudiera pasarle a mi hijo.

—Sí, estaba preocupada. Ha sido mi patrón durante casi un año —dijo con remilgo.

—Cierto —presionó la astilla con los dedos y cuando ella se sobresaltó le miró la palma. Entrecerró los ojos y se abrió el abrigo—. No llevo encima las gafas de leer —apartó la palma tanto como pudo y centró la vista—. Vaya, vaya. No debes dejar que esto se infecte.

—Me la sacaré —le aseguró Katherine—. Tengo un botiquín en mi habitación.

—¿Y dónde lo conseguiste?

Ella sonrió al ver el asombro de don Lucian.

—Lo traje de Boston, no tenía ni idea de lo que iba a encontrarme aquí en las tierras inhóspitas de California.

El hombre resopló con menosprecio.

—¿Son tan inhóspitas como imaginabas?

Katherine dirigió la mirada al ruedo atestado de gente.

—En ciertos aspectos.

—Eso no es lo que se supone que tienes que decir —la reprobó con seriedad fingida—. Se suponía que tenías que asegurarme que mi Rancho Donoso es igual que tu Boston, y que te encanta estar aquí.

Su graciosa reprobación dibujó una sonrisa en el rostro de Katherine.

—Me encanta estar aquí, y California no es igual que Boston, es mejor. Es limpia, radiante y nueva. Cuando los Estados Unidos anexen este territorio, será el mejor que hayan adquirido jamás.

—No le digas eso a Damián —le ordenó.

—¿Por qué? ¿Acaso no quiere que los Estados Unidos se anexionen California? México no lo ha hecho bien como soberano.

—Antes Damián hubiera estado de acuerdo contigo —la tomó de la mano buena, se la llevó al brazo con una cortesía de otra época y fue paseando con ella en dirección a la hacienda.

Los cuatro días anteriores de fiesta habían permitido que Katherine conociera más a los californios. Al final todo el mundo acabaría reuniéndose en la hierba buscando el fresco de la sombra de los árboles. Sólo los pocos que querían escapar de la multitud sofocante del ruedo ya se apiñaban en los bancos. Los demás irían regresando poco a poco en busca de un refrigerio.

Don Lucian recordó, con voz pensativa:

—Hace dos años instó al señor Larkin a la anexión.

Katherine, que tenía la cabeza en otra parte, preguntó:

—¿A quién?

—Al cónsul norteamericano. Damián instaba a la anexión a todo aquél que quisiera escucharle. Ahora Norteamérica amenaza con quitarle las tierras a Damián cuando sean jurisdicción de los Estados Unidos y Damián teme por los derechos de los californios bajo la nueva ley.

Katherine se mordió el labio y frunció el ceño.

—Mi tío es abogado, mi padre era abogado y yo sé un poco de leyes. La transferencia de los derechos sobre las tierras de una jurisdicción a otra puede resultar difícil, pero creo que los Estados Unidos serán justos en sus decisiones.

—Explícaselo al señor Emerson Smith. Es un buitres que quiere arrebatarte la herencia a mi hijo.

—¿El señor Smith? ¿No es ese hombre alto con cara de palo?

Don Lucian asintió con la cabeza.

—El que parece haberse escapado del circo.

La poca delicadeza del comentario y la brusquedad de su voz la sobresaltaron.

—¿Por qué está en esta fiesta si don Damián le tiene antipatía?

—Todo el mundo es bienvenido. Es nuestra manera de hacer las cosas.

—Sí —dijo ella, que se detuvo para mirarlo de frente—. Ya lo he notado, y estoy muy agradecida.

—No lo decía por ti —su expresión se suavizó y su mirada se volvió cariñosa—. Tú eres de la familia.

—Gracias otra vez. —Las palabras parecían inadecuadas, superficiales, pero no sabía cómo expresar la gratitud que sentía. En Boston le habían enseñado que era una carga, una responsabilidad que había que soportar. Esa gente, los californios, no tenían sentido de posición y rango, acogían en su seno a amigos y desconocidos sin distinción. Y a ella la habían tratado con más cariño, más dulzura, más delicadeza. Katherine vaciló al expresarse, por miedo a ofender, y dijo en voz baja—: Se comporta como si yo fuera la hija pródiga que hubiera regresado de mis viajes.

Don Lucian se acercó más a ella y le pasó el brazo por los hombros.

—Eres la hija que nunca he tenido.

Katherine lo miró.

—Nadie parece darse cuenta de que no soy más que el ama de llaves. Los demás sirvientes me ayudan con respeto. Los invitados se empeñan en tratarme como si fuera una apreciada amiga.

—Pues nos alegramos. —Se detuvo a la sombra del árbol, cerca del tronco—. Deja que te lleve con doña Xaviera Medina. Seguro que ella tendrá instrumentos adecuados para ocuparse de esa astilla y así no tendrás que abandonar la fiesta.

—No podría hacer eso.

—Tonterías. —Katherine retrocedió, pero él se volvió hacia la matrona que estaba sentada en un banco y se abanicaba con despreocupación—. Doña Xaviera, ¿podría ayudar a nuestra joven amiga?

La mujer llevaba un vestido negro que parecía una tienda de campaña, diseñado para ocultar su amplio contorno y permitir que el aire la refrescara. Dirigía la fiesta como una reina, o como la anfitriona no oficial, que era lo que parecía. Tomó la mano que don Lucian le puso delante y la examinó. Con un movimiento suave y lánguido se sacó de detrás de la oreja una aguja de sombrero de cinco centímetros y la introdujo rápidamente bajo la piel de la palma de Katherine. La astilla desapareció con sólo un poco de dolor, pero le salió sangre y Katherine se sentó al lado de doña Xaviera porque de repente le flaquearon las piernas.

—Nuestra joven amiga no es tan valiente como le gustaría que creyera usted —observó doña Xaviera, que tomó a Katherine del cuello y se lo empujó hacia abajo.

—Parece que no.

Don Lucian se movió para ocultar la debilidad de la joven a los ojos de las otras damas y Katherine se concentró en controlar las náuseas, volvió el rostro a un lado y tragó aire a bocanadas. Dejó las manos colgando junto a sus pies. El viento ayudó un poco, así como el masaje que la mano fornida de doña Xaviera le estaba dando en los hombros. Cuando se sintió lo bastante bien como para incorporarse, se irguió y la mano se retiró de su espalda. Se reclinó en el tronco del árbol con un suspiro y el pelo le cayó en torno a los brazos.

—Ay, señora Medina —se quejó—. Usted también, no.

—Te sujetas el pelo tan tirante que te debe de cortar la circulación —repuso la señora simulando reprobación—. Deberías dejártelo suelto. Atrae la mirada como un río de oro.

Katherine intentó no demostrar su exasperación. Aquellos aristócratas de cabello oscuro estaban fascinados por su pelo rubio. No importaba lo bien que se lo sujetara, ni lo caro que fuera el tocado que lo cubriera, cuando se encontraba con un grupo de hombres o mujeres, siempre terminaba con el pelo en torno a los brazos y los alfileres desaparecidos en el suelo.

Se figuraba que se había convertido en un juego, un juego que empezaba cuando le soltaban el pelo y terminaba cuando ella se ruborizaba. Habían descubierto que se ruborizaba con facilidad. Habían descubierto que no estaba acostumbrada a los cumplidos. Les había parecido una combinación demasiado irresistible como para pasarla por alto.

Las mujeres observaban con benevolencia en tanto que los hombres alababan sus ojos. El verde del mar al salir el sol, decía uno. La calma serena de un lago de montaña, decía otro.

La elogiaban por su piel. Como el beso dorado del sol, decía uno. Con el calor del dulce rocío de las pecas, coincidía otro.

Y todo el mundo, hombres, mujeres y niños, comentaban con admiración su figura. Si bien en Boston su estatura era poco más de la media, allí sobresalía entre las mujeres españolas, más bajas y rollizas. Hacían que tuviera la sensación de que sus brazos largos y sus piernas juguetonas eran gráciles como los de una bailarina. Se quedó asombrada al darse cuenta de la avidez con la que había empezado a escuchar los elogios... y de lo mucho que quería creerlos. No obstante, no sabía cómo tratar con su informalidad. No entendía cómo podían deshacerle el peinado y acariciarlo con los dedos al tiempo que mantenían un porte civilizado.

—¿Por qué no llevas la mantilla que te di? —le preguntó doña Xaviera—. Es negra, pero romántica y femenina.

Katherine respondió con un reproche severo:

—Por eso no me la pongo nunca.

Su respuesta no provocó más que una risa ronca y una suave palmadita en la mejilla.

— Llegará el momento en que quieras coquetear, sonreír, dejar de lado esos vestidos negros raídos. Ya casi ha terminado tu año de duelo.

— Soy consciente de ello, señora — asintió Katherine con rigidez.

— Los hombres que tanto admiran tu belleza no tardarán en quedar liberados de la restricción de la propiedad y se apiñarán en torno a ti—. La señora Medina se pasó el abanico por delante de la cara con una seguridad perezosa. — Tu piel color crema relucirá bajo el encaje negro. Quédate con la mantilla.

— Sí, señora. — Katherine no confiaba en poder moverse, en poder levantar las manos para sujetarse el pelo sin volver a sufrir un vahído, de modo que miró a doña Xaviera sin volver la cabeza—. Gracias por ayudarme — le dijo—. No soporto ver sangre.

— Pobrecita — doña Xaviera le rozó el brazo—. No es de extrañar.

Katherine quería cambiar de tema, no quería dar vueltas al recuerdo de su dolor, y comentó:

— Nunca he visto nada parecido a esto.

— ¿Esto?

— Esta fiesta. Se diría que ha venido media California.

— La otra media ha mandado sus disculpas por no poder asistir — coincidió doña Ximena.

— En Boston no tenemos nada comparable a esto — Katherine hizo un gesto con la mano.

— ¡Qué aburridos sois los americanos! — dijo doña Xaviera con un humor indulgente.

Katherine pensó un poco en ello. Con una mezcla de festejos y banquetes, juegos y exhibiciones, la fiesta celebraba el día de Damián. La tradición de celebrar la festividad del hijo mayor era una costumbre traída del Viejo Mundo. El sentimiento de tradición, de una cadena intacta que se remontaba a la noche de los tiempos la emocionaba, y estuvo de acuerdo:

— Sí, supongo que somos aburridos. Sólo había norteamericanos sentados a la mesa de mi tío. Aquí están los españoles cuyas familias se

establecieron en California hace setenta y cinco años. Hay norteamericanos, que vienen a California a comerciar. Hay rusos, alemanes e ingleses.

—Te gusta estar aquí —afirmó doña Xaviera con autoridad serena.

—Mucho.

—Bien. Eso te hará la vida mucho más fácil.

Doña Xaviera se rió, con un leve sonido grave, y Katherine enarcó una ceja. No había sido su intención resultar graciosa; no obstante, su reserva innata le hacía imposible cuestionar a una dama tan venerable. En cambio, preguntó:

—Todos los otros hombres que torearon lo hicieron a caballo. ¿Por qué desmontó don Damián?

Don Lucian meneó la cabeza.

—Para que a este viejo le salgan unas cuantas canas.

La señora Medina protestó:

—Tú no tienes canas, Lucian. Tu pelo es de un distinguido color plateado.

El hombre le sonrió pero se dirigió a Katherine:

—En España y en México se torea a pie, y al final, cuando el toro se da cuenta...

—¿Se da cuenta? —Katherine enarcó la otra ceja.

—El toro mejoró. ¿No te fijaste?

—Me lo pareció, pero ¿cómo podría saberlo un animal estúpido?

Don Lucian, consternado, levantó un dedo para hacerla callar.

—Los toros no son estúpidos. Son animales poderosos, astutos y valientes. A un toro sólo se le torea una vez. Sólo una vez, porque se da cuenta de que el capote es una ilusión y nunca cometen el error de volver a atacarlo otra vez. En España, en México, cuando eso ocurre el torero coge una espada y mata al toro. Aquí en California no somos tan idiotas. Nuestro ganado es nuestra vida, nuestro recurso más preciado. Toreamos a caballo para dar a nuestros hombres una pequeña ventaja sobre la bestia dinámica e inteligente.

Doña Xaviera suspiró y dijo:

—Tu hijo tenía que dar un espectáculo.

—Su mujer estaba mirando. —Sobresaltada, Katherine echó un vistazo a su alrededor esperando ver a esa mujer, pero don Lucian continuó hablando—: Se comporta como un pavo real ante la oportunidad de exhibirse.

—¿Dónde aprendió a saltar al toro? —preguntó la mujer mayor—. Te aseguro, Lucian, que se me detuvo el corazón al verlo allí parado mientras el toro se precipitaba hacia él.

—Le enseñé yo —Lucian se encogió de hombros frente a la mueca horrorizada de la mujer—. Nuestra familia lo ha practicado desde tiempos inmemoriales. Pero sólo en la noche cerrada, por miedo a que nuestras esposas nos sorprendan.

Xaviera movió la cabeza con una expresión divertida y serena.

—Y con vaquillas. Dios sabe que son muy traicioneras. Cuando se enfrentó a ese toro y me di cuenta... —se metió las manos en los bolsillos de su chaqueta corta—. Espero que sobreviva al cortejo.

—Oh, sí, sobrevivirá —la dama abrió el abanico y empezó a moverlo con languidez frente a su rostro—. Creo que al fin ha conseguido tener la atención de su querida.

—Desde luego. Estaré interesado en observar el ritual del cortejo. Promete ser poco habitual.

Katherine se sentía como si fuera una muñeca de porcelana: expuesta pero fácilmente ignorada. Aprovechó el tiempo para mirar en derredor, para ver si podía descubrir a esa mujer a la que Damián cortejaba con tanta intensidad.

Sólo había una señorita a la que no conocía. Una joven alta y tímida que rondaba por detrás de doña Xaviera, y Katherine tuvo la seguridad de que debía de ser la candidata para tener la mano de Damián. Una cabellera de un negro azulado le caía como una cascada por la espalda y parecía demasiado pesada para su cuello delicado. Tenía los hombros redondeados, como los de una niña que hubiera crecido más que las muchachas de su edad y se encorvara para compensar la diferencia. El sol ardiente de California no había tocado su tez pálida. Batió los párpados con timidez mientras Katherine la observaba con una mirada directa y movió las manos con agitación.

—Vietta. —Doña Xaviera se dio cuenta de su presencia y la llamó para que se acercara—. Me alegra verte aquí. ¿Ya te has recuperado de tu enfermedad?

La chica llamada Vietta se acercó cojeando, ladeada con evidente dolor. Katherine sintió una gran compasión, y admiración por Damián. ¡Qué hombre tan noble que amaba a una chica discapacitada de nacimiento o por alguna desgracia!

—Doña Xaviera —Vietta respondió a su saludo y cuando habló su voz sonó como las campanas de una misión—. Me encuentro mejor, gracias, y no podía estar lejos de Damián... de su celebración ni un día más.

Doña Xaviera se deslizó a un lado del banco a modo de invitación, pero Vietta le hizo caso omiso y se acercó más a Katherine. Ésta se dio cuenta de que no era tan joven como parecía de lejos. En sus ojos ardía una especie de fervor y unas arrugas diminutas enfatizaban su entrecejo. La boca caída le daba un aire demacrado y malhumorado, pero también encerraba una inteligencia tan evidente que Katherine sintió una afinidad inmediata.

Katherine esperó hasta que doña Xaviera llevó a cabo las presentaciones.

—Katherine, ésta es Vietta Gregorio, la hija de uno de nuestras familias más antiguas y más nobles. Hasta que su familia se mudó a Monterey, fue vecina de los de la Sola. ¿Te acuerdas, Lucian, de cómo solía andar por ahí detrás de Damián y Julio e intentaba hacer todo lo que ellos hacían?

—Ya lo creo que sí —respondió.

Katherine le dirigió una leve inclinación de cabeza mientras permanecía sentada y murmuró:

—Tengo mucho gusto en conocerla.

Doña Xaviera continuó diciendo:

—Vietta, ésta es Katherine Maxwell.

—Vas de luto —interrumpió Vietta con una brusca falta de respeto por sus modales y los de la señora.

No era lo que Katherine había llegado a esperar de los californios, con sus interminables cumplidos y su amabilidad, pero respondió con suavidad:

—Sí, soy viuda.

—¿Reciente?

—¡Vietta! —la reprendió doña Xaviera.

—No pasa nada —dijo Katherine para calmarla, y a continuación contestó a Vietta—: Hace menos de un año.

—¿Por qué estás aquí?

«Vaya —razonó Katherine—, eso lo explica todo. Está celosa, no tiene confianza en Damián», y se le ocurrió tranquilizarla:

—Soy el ama de llaves de don Damián. Me aseguro de que la casa se lleve con eficiencia durante el tiempo en que está ausente, para que así cuando regrese se encuentre comfortable.

—Él está aquí casi siempre.

—No, le aseguro que no.

—Ésta es su hacienda favorita.

Katherine sonrió pero con reserva.

—Yo no he visto ninguna muestra de ello.

Vietta se daba golpecitos en la cintura con sus dedos nerviosos.

—Siempre está aquí.

Katherine no pudo evitar sentir una punzada de dolor con la insistencia de Vietta. Se había dedicado a tener aquella casa preparada en todo momento para las infrecuentes visitas de Damián. Contuvo la incomodidad y reposo:

—Después de instalarme aquí partió hacia su rancho del Valle Central. Venía de visita muy pocas veces y yo lo veía a la hora de la cena. Durante el día cabalgaba con sus vaqueros u organizaba el abastecimiento de los graneros.

—¿Eso es todo?

—Rara vez se limpiaba las botas en el porche.

—¿Y entonces por qué te contrató a ti? —preguntó Vietta—. Eres una desconocida, una americana, y todos sabemos lo que piensa Damián de los americanos.

—¡Pero, niña...! —gruñó doña Xaviera, pero don Lucian puso a Vietta en su sitio.

—La contrató por su encanto —sonrió, hizo una reverencia, tomó a Katherine del brazo y se la llevó de allí.

—Pobre chica —murmuró Katherine mientras caminaban—. ¿Cómo se quedó coja?

—Dicen que tuvo una caída... veamos, el agosto pasado, cuando estaba descansando en las montañas. En mi opinión, lo que necesita descansar es su lengua.

Sorprendida por la ira de su voz, Katherine lo detuvo poniéndole la mano en el brazo.

—¿Por qué lo dice? Ah... por su grosería. Don Lucian, habló en español con tanta rapidez que me costó seguir todo lo que decía. En cuanto a por qué lo dijo, no debe prestarle atención. Es joven, y tiene miedo de no poder retener a su hombre.

—¿Joven? —resopló—. Es mayor que tú.

—Seguro que no —replicó con suavidad—. Yo tengo veinticuatro. Sin duda soy mayor.

—Vieta es mucho mayor que tú. Y no tiene ningún hombre, ninguno la aceptará. Es demasiado... demasiado...

—¿Inteligente?

—Yo hubiera dicho malhumorada, pero sí, también es inteligente. Más de lo que le conviene.

—Eso es lo que siempre dicen los hombres sobre las mujeres que son menos decorativas que listas.

Don Lucian le alzó la mano en la suya y posó los labios en el dorso.

—Por suerte para ti, tú eres las dos cosas.

Katherine le sonrió, divertida.

—Gracias. Es usted todo un caballero.

—Y tú eres toda una bella durmiente.

Katherine estaba tendida en la cama de plumas mirando al techo. El aire nocturno refrescó con rapidez y llevó el frío hasta el dormitorio del desván en el tercer piso. El viento soplaba contra las cortinas y ella sabía que debería levantarse a cerrar la ventana, pero estaba cansada, invadida por el agotamiento que conlleva el trabajo duro.

Lamentablemente, el cansancio no podía cerrar su mente. Los te-

mores que había mantenido a raya durante el día le iban dando vueltas en la cabeza entonces y parecía no tener control sobre ellos.

Imágenes de Damián: saltando el toro, levantando las manos para celebrarlo. Imágenes de Damián: con aspecto de dios, mirándola a los ojos.

Era guapo.

No se había dado cuenta hasta entonces. Llevaba demasiado tiempo en estado de shock, y achacaba a eso su falta de atención. A eso y al hecho de que no estaba acostumbrada a buscar belleza en las complejidades morenas y ojos oscuros de los españoles. Aquel día se había fijado en Damián y eso le había supuesto un trastorno que la sacudió de raíz.

Por supuesto, había recuperado el control sobre sí misma de inmediato. Una dama de Boston nunca revelaba sus emociones ni con palabras ni con actos. Cuando vio fugazmente a Damián después, moviéndose entre sus invitados, hablando con Vietta, había sido capaz de admirarlo como se admiraría una estatua o cualquier obra de arte.

Pero aquella noche, en aquel momento, no resultaba tan fácil.

Se había reído de ella. ¿Por qué se había reído de ella?

Damián había vuelto hacía dos semanas para preparar su fiesta de cumpleaños. Se había quedado en la casa y Katherine había visto lo íntimamente que se había relacionado con sus criados, con su familia. Ella admiraba a un hombre que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Manejaba a la gente con un instinto muy bien afinado que Katherine valoraba, tranquilizaba los ánimos y mitigaba los errores haciendo de cada persona una pieza importante de los preparativos y la ejecución.

A veces Katherine se preguntaba por qué su encanto y su habilidad nunca la incluían a ella, pero era una mujer honesta.

Era una desconocida. Damián había hecho lo que era honorable al ocuparse de ella, nada más. Nunca desperdiciaría con Katherine Chamberlain Maxwell la sonrisa que le dirigía a su anciana niñera desdentada. Los abrazos que daba a los niños indios nunca incluirían a Katherine Anne. La trataba de forma distinta porque ella era distinta, y haría bien en no olvidarlo.

Una ráfaga de viento apagó la vela y Katherine se sobresaltó ante la oscuridad repentina. Era noche cerrada, las nubes pasaban rápidamente empujadas por la brisa y una luna diminuta se asomaba de vez en cuando con timidez. Katherine estaba inquieta, se tumbó de lado con la mejilla apoyada en la mano. Con un poco de fuerza de voluntad podría contener aquellos pensamientos sobre Damián y sus acciones enigmáticas y quedarse dormida. Antes del año pasado nunca había tenido problemas para dormir; era demasiado sensata para semejantes tonterías.

De modo que a dormir, se ordenó, y a soñar con cualquier cosa menos con Damián.

Cayó en un sueño profundo como cae una piedra en un pozo, con un descenso largo y oscuro.

La lluvia le mojaba la cara. La niebla le impedía ver. Estaba de rodillas en medio de la calle.

Oía el rugido del océano amortiguado por la distancia. Oía murmurar a la gente a su alrededor y a una mujer que gritaba. Lo oía de verdad. Estaba allí.

Oía el estiércol de caballo que tenía debajo de las rodillas, pero no podía enmascarar el otro olor. El olor de la sangre.

Podía verlo a él. Yacía boca arriba en el barro, con la boca abierta y la mandíbula torcida. Katherine no distinguía bien sus rasgos. Se lo impedían la niebla y la sangre que salía a grandes borbotones rítmicos. Unas manos de mujer le apretaban la garganta para intentar contener la sangre. Las manos se sacudían con cada chorro que manaba.

El sonido de las olas parecía ser el sonido de esa sangre, pero la sangre se detuvo y las olas no.

Las manos se apartaron y eran sus manos. Las volvió una y otra vez y pudo sentirla. Toda aquella sangre tan resbaladiza. No quería lavársela porque la sangre era de él.

Y luego no pudo lavársela. No se iba. La sangre se filtró tan profundamente que notaba su sabor.

21 de mayo, año de Nuestro Señor de 1777

«Los indios que vagan por las montañas del interior y que viven en el gran valle central son feroces y salvajes. Nuestra misión se fundó para convertirlos al verdadero Cristo y traer la salvación a sus almas. Yo dirigí la misión puesto que Dios me había metido la idea en la cabeza. Soy un hombre fuerte, sano, decidido y bien capacitado en las artes de la medicina. Entre los hermanos franciscanos en California, se me considera el curandero más capaz. La gracia de Dios envía la curación a través de mis dedos y sólo me resulta imposible ayudar a los más desgraciados. Fray Amadís habla el idioma pagano de los indios. Fray Patricio es carpintero, igual que nuestro Señor Jesucristo. Luis Miguel, Joaquín de Córdoba, Lorenzo Infante: todos ellos llevaron a cabo su propósito especial. A pesar de lo frágil que es, fray Lucio suplicó poder venir también y Pedro de Jesús me convenció para traerle.

Ahora sólo quedamos cuatro: Amadís, Patricio, Lucio y yo».

Del diario de fray Juan Esteban de Bautista.